

Recuerdos sentimentales

SENTIMENTAL y póstumo puede concepiarse este recuerdo de la calle de la Estación—ahora Primo de Rivera—porque aun conservando su antiguo trazado, ya no comunica con la Estación, ni queda ninguna de las personas que le dieron carácter y grato ambiente.

La parte antigua de la calle, que es el extremo que la une con la del General Alcañiz, se ha remozado casi totalmente; ya que no queda viejo más que una pequeña parte de la casa del «Roco».

El resto de la calle ha sufrido más cambios en la vecindad que en las construcciones, con haber sido estas abundantes y en ese resto era precisamente donde la vida discurría más placentera y en cierto modo desvinculada de los prejuicios lugareños.

Entre todos, destacaban por su número, buen humor e inquietud, los hijos de la Natalia la «Moracha», que eran siete; Gabriel, siempre ausente, hombre capaz. «Carpo», el mayor, maduro ya entonces y conductor, casado, sin hijos, estando en el pueblo no dejaba vivir a nadie; se metía en las cocinas, revolvía las despensas, revolucionaba a las mujeres y ponía la calle en movimiento desde por la mañana. Pascasio y Julio, eran más sosegados, aunque no negaban la pinta. Julio murió soltero avanzado, viviendo ya en el Paseo, produciendo gran quebranto a la madre, de quien heredaron tan excelentes cualidades. Las hijas—Genara, única que vive, Rosa y Bonifa.—Eran las mejores colaboradoras de Carpo, bromistas, ocurrentes y buenas a carta cabal.

Las notas más auténticamente alcazareñas las daban en la calle, la Gabina de «Borrego», por entonces en toda su pujanza, con su posada; Manuel Comino, el practicante, por entonces recién casado, y el tío «Canillas», con su *rambazo*... y con su hijo Rafael, tan serio como «Casitas» y con su misma tranquilidad inaudita para todo.

Las casas de numerosa familia, participaban menos en el «corre, ve y díle», no por falta

de ganas y de gusto para ello, sino por imposición de las obligaciones; algunas, sin embargo, eran tan entusiastas y les pinchaba tanto la sangre, como a la Concha del «Estudiante», que con un chico en brazos y tres o cuatro alrededor, no permitía que le adelantara su cuñada Lola, la de Ga-

mito, que solo tenía una chica. La Cayetana de «Casitas», sin hijos, que se salía a la calle para que durmiera a gusto el señor, que se acostaba tarde; la Gabina, también sin hijos y de una disposición que le permitía estar al tanto de todo, la Bonifa y sus hermanas, solteras avanzadas y disconformes, que tenían el tiempo de sobra, entonces el tiempo no escaseaba para nadie, aunque la Ulpiana llegaba un poco tarde a todo. Esta, era una madrileña que se casó con el «Rus», el mayor, el cual murió de una meningitis por aquellas fechas, siendo ya maquinista. La misma desgracia tuvieron la Emilia y Manuel con sus primeros hijos, con poca diferencia de tiempo.

Entre los ya citados y las de «Cruceta», la mujer de «Carpo», la Josefa de «Canillas», la señora Carmen de Francisco Miguel, familias cortas todas y algunas otras que se agregaban del Paseo, de la calle de los Yeseros o de la calle Nueva, mantenían animada la calle a todas horas.

Momento singular (en la vida de la calle) era la llegada de Manuel, el cabrero, a eso de las ocho de la mañana y al anochecer. Su proximidad se anunciaba con antelación por el ruidoso campanilleo de su gran hato de cabras, y apenas asomaba por la calle Nueva, empezaba a pregonar en voz alta, al tiempo que llamaba en todas las puertas: «¡La leche. El lechero!». Manuel Lizano era un hombre de estatura media, delgado y muy moreno, que llevaba su negocio con la alegría del triunfador, del hombre satisfecho de sí mismo, que va derrochando simpatía y contagiando su optimismo a cuanto le rodea y se le somete sin poder evitar la seducción. Ocurrente, gracioso, servicial y desprendido, mantuvo contenta muchos años a una *gran parroquia* y la calle de la Estación inició en todos ellos su vida de cotorreo permanente con la llegada de Manuel y sus voces de convocatoria del cónclave femenino.

Los «Pellejeros», tan trabajadores, mantenían en el rincón un foco de actividad febril con el tío «Cuadrao» y el tío Blas a la cabeza. El